¡PÍCAROS NERVIOS!

—¡Doctor, venga por favor!
¡Mi mujer está muy grave!
¡Ay, Doctor, usted no sabe
lo que yo sufro, Doctor!
—¿Qué mal aqueja á su esposa?
—¿Qué mal? Usted lo dirá.
¡Yo tan sólo sé que está
muy nerviosa, muy nerviosa!
Con sus berrinches me asedia;
en un mes que lleva así,
he adelgazado, ¡ay de mí!
lo ménos arroba y media.
Siempre está de mal humor,
fiera, irritable, irascible...
Vivir así no es posible,
no es posible, no, señor.
No se la puede aguantar;
no se la puede sufrir...
¡Ay! ¡Yo me voy á morir,
ó yo me voy á matar!

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

Vivo en constante aflicción,
en perpétuo tén con tén...
—¿Come poco?
—¡Quiá! ¡Muy bien!
—¿Y duerme?
—¡Como un lirón!
No sé cómo defenderme
de su caracter tenaz.
En mi casa sólo hay paz
cuando come ó cuando duerme.
¡Al variar el tiempo, es cosa
de no resistirla!
—¡Ya!...
¿Y si la atmósfera está
cargada, su pobre esposa
se exaltará?
—¿Cómo no?
Mas por cargada que esté
la atmósfera, crea usté
que más cargado estoy yo.
Tanta y tanta impertinencia
con paciencia sufriría;
pero temo que algún día
se me acabe la paciencia,
y entonces...
—¡Tenga usted calma!
Esas mujeres nerviosas...
—Sí, señor; pero es que hay cosas

que á uno le llegan al alma.
¿Vé usted este cardenal?
—¡Caramba! ¿Qué ha sido eso?
—Pues nada, esto ha sido... un beso
de mi esposa angelical.
Me quiere de una manera
tan expresiva y tan rara,
que hoy me ha deshecho en la cara
la tapa de una sopera.
—Son unas calamidades
esas mujeres así.
—¡Dígamelo usted á mí!
—¡Hombre! ¿Si habrá *novedades*?
—¿Novedades?
—¡Es posible!
Estará en estado...
—¡Quiá!
El estado en que ella está,
es un estado insufrible.
—¿Tiene calentura?
—No.
—Y cuando se halla excitada,
¿de qué se queja?
—De nada.
¡El que se queja soy yo!
Yo, que por mi mala estrella
sufro este horrible tormento;
yo, que no tengo un momento

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U.
U. A. N. L.

de tranquilidad con ella.
¡No hay dinero que le baste!
¡El mejor día le pego!
Inutilmente le ruego
que por Dios santo no gaste.
Salió ayer y se gastó
un dineral... ¡ya se vé!...
Y luego, páguelo usté,
es decir, páguelo yo.
Me desconozco á mí mismo
cuando paso lo que paso.
—¡Calma! ¡Su esposa es un caso!...
—¿Cómo un *caso*?
—¡De histerismo!
—Yo creí... ¿Conque es histérica?
¡Si fuese el cólera!
—¡Quiá!
—¡Lo parece, porque está
casi siempre tan colérica!...
—¿Es joven?
—No; treinta y tres.
—¿Y desde que se han casado,
dígame usted, no ha notado?...
—¡Si me he casado hace un mes!
—¿Y ella tendría otro amor?
—¡No, señor! ¡Dios es testigo!
—Puede usted hablar conmigo
como con un confesor

Diga la verdad.
—¡Que no!
¿Otro amor? ¡Qué tontería!
Si la pobre no sabía
qué era amor, hasta que yo
llegué de Cuba y la ví;
me miró, nos comprendimos,
y entre caricias y mimos
me dió el anhelado *sí*.
La doté en medio millón;
juzgué mi dicha segura,
y hace un mes, el señor cura
nos echó la bendición.
—Tal cambio,—vuelvo á mi tema,—
prueba que en ella, imperioso,
rige el sistema nervioso...
—¡Canario con el sistema!
—Usted no sabe lo que es
la que padece histerismo...
Lo que le gusta ahora mismo,
le produce horror después;
ya irritable, ya insensible,
cuándo es ángel, cuándo arpía;
está cariñosa un día,
y al otro día irascible...
Créame usted, yo no puedo...
Esos casos siempre son
nuestra desesperación.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

Las nerviosas me dán miedo,
y tengo motivos...
—¿Qué?
—¡Yo, como usted, he sufrido!
¡Yo también víctima he sido
de una histérica!
—¿Sí, eh?
—Era una chica preciosa,
una muchacha hechicera;
pero, por desgracia, era
¡muy nerviosa!... ¡muy nerviosa!
Voluble, por su dolencia,
un día amor me juraba,
pero, ¡ay! al otro me odiaba
con rencorosa vehemencia.
¡Yo sufría su desdén!
¡Era mi dicha, mi amor!
Pero, ¡ay! un día—¡qué horror!—
huyó del pueblo...
—¿Con quién?
—¡Solita!
—¿Conque, solita?
—Se marchó á un convento.
—¡Ya!
¿Profesó de monja?
—¡Quiá!
¡Se escapó la pobrecita!
—¿Otra vez?

—Dejó el convento,
según murmura la gente,
con yo no sé qué teniente,
de no sé qué regimiento.
—¡Vaya con la santurrona!
—¡Qué lástima! ¡Era muy bella!
Yo no he vuelto á saber de ella,
porque no he vuelto á Gerona.
—Yo soy de Gerona. ¿A ver
si conozco á esa infeliz?
—Se llama Rosaura Ortiz.
—¡Caracoles! ¡Mi mujer!

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U.
U. A. N. L.

HISTORIA VULGAR

I

El.—¡Vivo para quererte!
Ella.—¡Quererte es vivir!
El.—¡Sin tí, quiero morir!
Ella.—¡Tu amor ó la muerte!
El.—¡Mi dicha! ¡Mi embeleso!
Ella.—¡Mi bien! ¡Mi ventura!
El padre.—(¡A esta criatura
le voy á romper un hueso!)

II

El.—¡Me desprecia el tirano!
Ella.—¡Desdichado amor!
Los dos.—¡Morir es mejor!
¡Comprendan su afán insano
los que en nuestro mal abogan,
y miren tan noble arranque!

¡Muramos, pues! ¡¡Al estanque!!
Un sujeto.—¡Que se ahogan!

III

Un guarda.—¡Los he salvado!
El papá.—¡Soy el culpable!
El mundo.—¡Caso notable!
El doctor.—¡No es de cuidado!
El padre.—¡Unanse los dos!
El doctor.—¡Así se cura!
Ellos.—¡Oh, dicha! ¡Oh, ventura!
El mundo.—¡Gracias á Dios!

V

El.—¡Pues te digo que sí!
Ella.—¡Te digo que no!
El.—¡Aquí dispongo yo!
Ella.—¡Yo dispongo aquí!
El.—¡Fementida!
Ella. —¡Infiel!
El.—¡Pues, toma!
Ella. —¡Bribón!
Los dos.—¡La separación!
El juez.—(¡La luna de miel!)

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

VI

El mundo.—¡Quién lo dijera!
El papá.—¡Me lo temía!
El autor.—¡Qué tontería!
¡Si eso le pasa á cualquiera!

LA CABEZA A PAJAROS

I

DE SOBREMESA

—¡Ajajá! ¡Perfectamente!
Me ha sentado bien la cena.
¿Qué tal la noche?
—Muy buena.
—A ver, á ver... ¡Excelente!
Cielo limpio y estrellado;
hermosa temperatura...
Pues, señor, se me figura
que el tiempo se ha asegurado.
—¿Y qué?
—¡Que somos felices!
Mañana, querida esposa,
si no mandas otra cosa,
me voy á cazar perdices.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U.
U. A. N. L.

—¿Otra vez de caza?
—¡Sí!
—Válgame Dios, ¡qué manía!
—¿Qué quiéres, Tomasa mía?
¿Qué quiéres? ¡Yo soy así!
Con la escopeta en la mano
me paso alegre la vida.
No hay cosa más divertida,
ni hay ejercicio más sano.
—¿Que es sano? ¡Qué desvarío!
En la última expedición
pillaste una insolación,
de padre y muy señor mío.
—No te lo niego, Tomasa,
mas ya sabes por qué ha sido.
—¿Por qué?
—Porque distraído,
me dejé el sombrero en casa.
—¡Si eres el hombre más raro!
Por olvido ó por simpleza,
siempre tienes la cabeza
á pájaros.
—¡Pues es claro!
¿A pájaros? ¡Sí señor!
¿A pájaros? ¡Bien está!
Eso te demostrará
que soy un gran cazador.
Nadie á certero me gana;

tú no sabes lo que dices.
Mañana traeré perdices
para toda la semana.
—¡Pero, ven acá, infeliz!
¿Para qué tantos apuros,
si te sale á cuatro duros
lo menos cada perdiz?
—¡Qué exageración!
—¡No hay tal!
Entre viajes, provisiones,
propinas y municiones
te gastas un dineral.
—Bueno, basta de sermón.
Sácame el traje de pana,
y dispón para mañana
un poquito de jamón
cocido, que es excelente;
dos truchas, una tortilla,
el queso, una francesilla
y el tarro del aguardiente.
—¿Y nada más? Pues no es mucho.
—¿A ver qué me falta? ¡Nada!
¡Ah, sí! Dile á la criada
que dé de cenar al *chucho*.
¡Y que coma bien, cuidado!
Pues si vá con hambre el pobre,
la primer pieza que cobre
se la zampa de un bocado.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

Conque, adiós, Tomasa mía.
—Adiós, Blas.
—Voy á acostarme.
Que no dejes de llamarme
en cuanto despunte el día.

II

DE MADRUGADA

—¡Blás, arriba! ¡Qué dormido!
¡Blas!... ¿Todavía en la cama?
¡Pero, Blas!
—¡Eh! ¿Quién me llama?
—¡Anda, que ya ha amanecido!
—¿Y qué?
—¡Sueño más pesado!
—¿Qué quiéres?
—¡Calamidad!
¿No vás de caza?
—Es verdad,
ya se me había olvidado.
—¡Si no he visto una mollera
como la tuya, marido!
—Pero, mujer, un olvido...
Eso le pasa á cualquiera.

—¿Un olvido? ¡Cielo santo!
¡Si sólo tuvieras uno!...
—Vaya, dame el desayuno
que en seguida me levanto.
. . . . . .
Andando, ya estoy dispuesto.
—Toma el sombrero.
—¡Ajajá!
¿Dónde está el perro?
—Aquí está.
¿Volverás hoy?
—Por supuesto.
—¿Lo llevas todo?
—¡Mujer!
¿Piensas que tan poco valgo?
—Pudieras olvidar algo.
Fíjate bien.
—Voy á ver...
Cuatro pañuelos... los lentes...
la comida está completa...
y la canana repleta
de cartuchos diferentes...
el cinto... la bolsa... el vaso...
el dinero en los bolsillos...
los fósforos... los pitillos...
y el árnica, por si acaso.
¡Todo está!
—Me alegro mucho.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

—Me voy, que el tiempo se pasa.
Hasta la noche, Tomasa.
—Que no tardés.
—¡Anda, *chucho!*

III

EN EL CAMPO

Molidos todos los huesos,
y empapado de sudor,
con un sol abrasador
que le derrite los sesos,
allá va Blas derrengado
hace seis horas ó más,
sin hallar el pobre Blas
las perdices que ha soñado.
Cazador impenitente,
sigue adelante... adelante,
hasta que ya, jadeante,
se sienta junto á una fuente.
El perro se echa á su lado
y le mira de hito en hito,
como diciendo: «Amiguito,
nos hemos equivocado.»
—«¡Pues, señor, cosa más rara!
¡Esto tiene mal cariz!

No se encuentra una perdiz
por un ojo de la cara.
¡Y aquí mismo el otro día
ví más de veinte, á mi gusto!
¿Si se habrán muerto de susto
al saber que yo venía?
Por mi mujer, por Tomasa,
únicamente lo siento.
¿Qué dirá si me presento
sin ninguna pieza en casa?
¿Quién sufre sus cuchufletas?
¡Andando! ¡A probar fortuna!
Allá abajo, en la laguna
debe de haber gallinetas.»
Dicho esto se levantó,
y aunque con algún trabajo,
echó Blas por el atajo
y á la laguna llegó.
Lanza al *chucho* sin recelo
al fangoso espadañal,
y con placer sin igual
vé Blas que remonta el vuelo
una hermosa gallineta;
vá á tirar, y—¡oh, suerte impía!—
¡¡Al infeliz se le había
olvidado la escopeta!!

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U.
U. A. N. L.

POR DÓNDE VIENE EL DINERO

(EN CONFIANZA)

I

Me han dicho que un teniente de cazadores
con doña Blasa Pérez está en amores,
y según el amigo que me lo explica,
la doña Blasa es fea, pero muy rica.
Lo cierto es que el teniente se da gran tono
y en todos los teatros tiene su abono;
va tirando el dinero que es un derroche;
viste muy elegante, pasea en coche;
tiene siempre cien duros en el bolsillo,
y era há poco de alférez un pobrecillo...
Se me ocurre una duda: pregunta al canto:
¿La paga de un teniente da para tanto?

II

Nicanora, modelo de costureras,
es la envidia de todas sus compañeras.

¡Qué mantones los suyos más elegantes!
¡Y qué pendientes lleva de oro y brillantes!
Va á cafés y á teatros, no tiene apuros.
¡Y se compra pulseras de á treinta duros!
Vivía en sotabanco, cerca del cielo,
y hoy vive en un segundo sin entresuelo.
Gasta en comer dos duros, justos, cabales,
y su jornal es sólo de cinco reales...
Ella lo paga todo, nunca da mico;
cómo se las arregla no me lo explico.
Sólo sé que me han dicho que está en amores
con un joven teniente de cazadores.

III

Anoche, estando en una peluquería
sufriendo los tormentos de la agonía,
oí que un caballero se lamentaba
de no ver al que siempre le rasuraba.
—Dígame usted, maestro, ¿qué es de Juanillo?
—No me hable usted, don Roque, ¡valiente pillo!
—Hombre, ¡si parecía tan buen muchacho!
—Pues hace dos semanas que es un borracho.
Dice que ya no quiere ser peluquero,
y en bromas y en jaranas tira el dinero.
—¿El dinero? ¡Carape! Yo no sabía...

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

—¡Ya ve usted!
—¿Le ha tocado la lotería?
—No, señor.
—Pues entonces yo no me explico...
—¡Qué quiere usted! ¡Hay cosas!
—¡Diantre de chico!
—Lo cierto es que se junta con sus iguales,
y pillan unas *curdas* monumentales;
que fuman tagarninas á todo pasto
y que siempre es Juanillo quien hace el gasto.
—¿Y tiene novia?
—¡Vaya! Dicen que ahora
habla con una chica: ¡la Nicanora!

—

¡Lectores, punto en boca! Siga el secreto,
que si esto se divulga me comprometo.
Conque lo dicho, dicho, y ¡ojo, señores!
¡Que nadie sepa nada de estos amores!